

La sagrada Familia (Domingo después de Navidad)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Ven a nuestras almas, Espíritu Santo, ensancha los corazones, acrecienta los santos deseos, amplía la capacidad de nuestro espíritu para que pueda acoger a Dios Padre en la Palabra de su Hijo Jesús que hoy llama a nuestra puerta como su eterno huésped. Amén.*

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo. Dale tiempo al texto:

Lc 2,41-52

41 Sus padres solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua.

42 Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre

43 y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres.

44 Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos;

45 al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo.

46 Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

47 Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.

48 Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados».

49 Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?».

50 Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

51 Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón.

52 Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

El evangelio nos invita a contemplar un episodio de la vida familiar de Jesús que tradicionalmente se conoce como “Jesús perdido y hallado en el templo”. Es el único recuerdo de su adolescencia y es preludio de su ministerio público y también de su vida gloriosa, puesto que el ideal y destino de Jesús siempre fue “**estar con el Padre**”.

El contexto está representado por dos breves descripciones de la vida de Nazaret: el viaje anual a Jerusalén por la Pascua y el retorno a casa de la familia de Jesús, donde él permanece sumiso a sus padres como un hijo cualquiera. La lectura de hoy nos presenta a la Sagrada Familia cuando Jesús tenía doce años, según la norma de entonces, en el umbral de la edad adulta y obligado a la observancia plena de la Ley. Por primera vez Jesús aparece en el evangelio como protagonista de sus actos y escuchamos sus primeras palabras.

Jesús se queda en el templo de Jerusalén sin que sus padres lo sepan. Allí escucha las conversaciones de los maestros y él mismo causa admiración por la sabiduría de sus respuestas. Se vislumbra ya aquí a la edad de doce años al que después enseñará con autoridad en todo el país y concretamente en el templo.

Cuando notan la ausencia de Jesús, María y José vuelven a Jerusalén y lo encuentran en el templo: ***“Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado angustiados”***, expresión que deja comprender todo lo que han sufrido. El comportamiento de Jesús a primera vista parece una gran falta de consideración hacia María y José, ¿por qué se habrá comportado así?

La respuesta de Jesús es más sorprendente que su comportamiento: ***“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre?”*** Hasta ahora nadie en el Evangelio ha llamado así a Dios. La primera acción de Jesús que nos refiere Lucas queda caracterizada por este secreto íntimo presente en su vida. Él es consciente de ser el Hijo de Dios y, sobre todo, de estar unido a la voluntad de su Padre. En cuanto Hijo de Dios y en esa relación estrechísima con Dios, que se manifiesta precisamente en su obediencia a la voluntad del Padre, es como él recorrerá su camino.

María y José deben experimentar, de un modo profundamente incisivo, doloroso e inolvidable, que Jesús está sometido a una autoridad más alta. La relación particular de Jesús con Dios le lleva a un comportamiento que, en cuanto no corresponde a las expectativas de sus padres, implica una incomparable dureza y una dolorosa separación. ¿Qué se ha de hacer cuando no se comprende? De María se dice: ***“Conservaba todas estas cosas en su corazón”*** (2,51). Esto significa que la propia comprensión y el propio juicio inmediato pasan a un segundo plano y que no son tomados como criterios desde los que se juzga todo y desde los que se atribuye a cualquier cosa su sentido o su sinsentido. La comprensión limitada no es un motivo para rechazar o rehusar algo. Es mejor conservarlo y esperar, respetarlo y tener paciencia.

HABLA CON DIOS (REZA)

El significado teológico del episodio es mesiánico y el gesto de Jesús es profético. Jesús afirma conocer bien su misión y anuncia la separación futura de sus padres. En el encuentro con José y María en el templo, Jesús reivindica el primado de la pertenencia a su Padre y la prioridad de la propia vocación ***“estar en la Casa de mi Padre”***. Sin embargo, Jesús regresa a Nazaret y permanece sumiso y obediente a los suyos.

Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Padrenuestro, avemaría, gloria.

REFLEXIÓN DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Para que un hijo pueda amar a su madre, es preciso que esta llore con él, comparta sus sufrimientos; para atraerme a ti, Madre amada, ¡cuántas lágrimas has derramado! No me es difícil crearme hija tuya, porque te veo mortal y sufriente como yo.

El evangelio me enseña que Jesús, creciendo en sabiduría, permanece sumiso a María y a José. Y el corazón me dice con qué ternura obedece siempre a sus queridos padres. Ahora comprendo el misterio del templo, María: tu dulce Hijo quiere que tú seas ejemplo para el alma que lo busca en la noche de la fe. Sí, sufrir amando es la alegría más pura.

3

Lecturas del Domingo de la Sagrada Familia

1Sm 1,20-22.24-28

20 Al cabo de los días Ana concibió y dio a luz un hijo, al que puso por nombre Samuel, diciendo: «Se lo pedí al Señor». 21 El esposo Elcaná y toda su casa subieron a ofrecer al Señor el sacrificio anual y cumplir su voto. 22 Ana, en cambio, no subió, manifestando a su esposo: «Esperemos hasta que el niño sea destetado. Entonces lo llevaré, lo ofreceré al Señor y se quedará allí para siempre».

23 Su esposo Elcaná, le dijo: «Haz lo que te parezca bien. Quédate hasta que lo hayas destetado. Y que el Señor cumpla su palabra». La mujer se quedó y siguió amamantando a su hijo hasta que lo hubo destetado.

24 Una vez destetado, lo subió consigo, junto con un novillo de tres años, unos cuarenta y cinco kilos de harina y un odre de vino. Lo llevó a la casa del Señor a Siló y el niño se quedó como siervo. 25 Inmolaron el novillo y presentaron el niño a Elí. 26 Ella le dijo: «Perdón, por tu vida, mi señor, yo soy aquella mujer que estuvo aquí en pie ante ti, implorando al Señor. 27 Imploré este niño y el Señor me concedió cuanto le había pedido. 28 Yo, a mi vez, lo cedo al Señor. Quede, pues, cedido al Señor de por vida». Y Elcaná se postró allí ante el Señor.

Ana, una de las dos esposas de Elcaná, concibió y dio a luz a Samuel, después de muchas lágrimas y plegarias: “Señor del universo, si miras la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí y no olvidas a tu sierva, y concedes a tu sierva un retoño varón, lo ofreceré al Señor por todos los días de su vida” (1Sm 1,11). Según su promesa lo consagró al Señor. Los hijos son don de Dios, pertenecen al Señor y su vocación es servirlo. La casa de Dios será la morada de los que le están consagrados. También a María y José revelará Jesús en el templo, que su morada está junto al Padre y desde allí iniciará su misión universal de salvación.

Salmo 83 *Dichosos los que viven en tu casa, Señor*

¡Qué deseables son tus moradas, Señor del Universo! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo. R

Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre. Dichoso el que encuentra en ti su fuerza y tiene tus caminos en su corazón. R

Señor del Universo, escucha mi súplica; atiéndeme, Dios de Jacob. Fíjate, oh Dios, escudo nuestro, mira el rostro de tu Ungido. R

1Jn 3,1-2.21-24

Queridos Hermanos:

¹ Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. ² Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

²¹ Queridos, si el corazón no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios.

²² Cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. ²³ Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. ²⁴ Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio.

Las expresiones de Juan “Hijo de Dios” y “semejantes a Él” significan ser un hombre nuevo, llamado a caminar por una vida nueva, imitando al Padre en una progresiva asimilación y comunión con Él, que se convertirá en identificación en la visión cara a cara. El valor de la vida cristiana reside y aumenta en el hecho de que somos hijos, fieles a sus mandamientos y salvados por un Padre que nos ama y nos merece confianza, y al que podemos pedir cualquier cosa. El precepto de creer en Jesús y vivir el amor fraterno va acrecentando en el fiel la comunión con Dios, fruto del Espíritu Santo recibido en el Bautismo.